

La literatura, un espacio habitable

Beatriz Helena Robledo

El sin par borracho Antón cayendo de un tropezón gritó con todo su aliento:

— ¿quién se cayó?

Y en la pared de un convento el eco le contestó:

— ¡yo!

Mientes pícaro yo fui y si el casco me rompí lo taparé con pelucas.

¡Lucas!

¿Me conoces tú tunante? Pues aguárdate un instante conocerás mi navaja.

¡Baja!

Bajaré con sumo gusto ¿te figuras que me asusto? Al contrario, más me exalto.

¡Alto!

Alto a mi piensa el bandido que al callarme estoy marchito.

¡Chito!

¿Qué calle yo miserable?

¡Hable!

Y en ese punto intenso de la escena se trunca el recuerdo de lo que fue la primera pieza de tradición oral que quedó guardada en mi memoria. La voz dulce y profunda de mi padre, y la fascinación que ejercía en mí el poder jugar al eco con un personaje que sólo a través de su palabra yo lograba imaginarme: un verdadero truhan, borracho, pendenciero y mal hablado y que tenía, además, la valentía de encararse frente a frente con el Eco. Sólo la fuerza creadora del lenguaje y mi asombrada imaginación de niña pueden explicar la riqueza visual de la escena de esta retahíla con regusto a picaresca española: puedo jurar ahora en este ejercicio de la memoria que yo escuchaba el rugido del viento, el retumbar sonoro y profundo del eco, y veía a Antón tropezándose con la pared de ese convento enclavado en un risco montañoso.

Este texto de la tradición oral española me lo entregó mi padre cuando era muy pequeña y no lo hizo en una sola entrega. Fue necesario que papá recreara al borracho Antón de múltiples maneras, en diversos lugares, con risa algunas veces, con entusiasmo otras, para que el borracho Antón se quedara conmigo y pudiera viajar por el tiempo y el espacio y tener el honor de acompañarnos hoy, más de cuarenta años después.

¿Qué hace que el borracho Antón se haya quedado conmigo y me acompañe a donde vaya? ¿Qué hace que ese texto anónimo y desconocido haya viajado desde un remoto pueblo del medioevo español a una fría montaña colombiana a más de 2000 metros de altura y se haya metido en el corazón de una niña de ocho años, y se haya quedado a vivir con ella, la haya adoptado como lectora y la haya acompañado toda la vida?

No lo sabemos, o quizás si... No sabemos qué profundos significados le entregó Antón a esa niña educada en un ambiente monacal y solitario, no sabemos qué mensajes le trajo el eco, qué cadencias, qué revelaciones le hizo... Sí sabemos, como promotores o mediadores de lectura, que el afecto y la alegría de su padre tuvieron mucho que ver en este encuentro; sabemos además que el juego repetido con Antón hasta lograr que la niña se aprendiera la retahíla y la recordara con gusto y con placer, también tienen mucho que ver.

Así de misteriosos son los textos y así de promotores.

Cada uno de ustedes, si busca en su interior, encontrará ese texto fundacional que viajó quién sabe desde qué remoto lugar, atravesando ríos, mares y montañas hasta llegar a habitarlos durante toda la vida.

Y es aquí desde donde me quiero detener hoy e invitarlos a que pensemos en la figura del mediador de lectura, no únicamente como un buscador de lectores, sino como un explorador de textos. Los textos buscan lectores, y yo mediador, promotor, intérprete de la cultura escrita, busco textos para ofrecer a los lectores, pero textos cargados de sentidos.

En este doble juego ocurren las epifanías. Y es que el lector se transforma cuando un texto le dice algo. Y no estamos hablando de los significados funcionales de la cultura escrita. Esos hay que enseñarlos y son necesarios o se aprenden por necesidad de manera empírica: para qué sirve una flecha o una señal de prohibición, cómo leer el cartel del autobús para no perderse en la gran ciudad, cómo descifrar las instrucciones de un manual para activar el electrodoméstico, cómo escribir un correo electrónico, cómo chatear, cómo participar en un blog; cómo buscar la información en internet para una tarea escolar o para una investigación y cómo reconocer la fuente confiable, cómo leer un contrato, cómo buscar una noticia en internet que fue publicada la semana pasada. Tampoco se trata de detenernos en el soporte de los textos. Los textos viajan en tren o en coche, a través de la oralidad o de la escritura, en papel o en autopistas virtuales. No es eso lo que hace la diferencia.

En este sentido es muy lúcida Margaret Meek cuando dice: “poder leer y ser un lector no son exactamente lo mismo. La habilidad de leer para fines prácticos, por muy importante que sea, difiere de la lectura que complace a los que son lectores, la que los vuelve adictos a leer” (2004, p. 60). Más adelante dice: “Los grandes secretos de la lectura residen en la ficción” (2004, p. 63).

Y son esos textos literarios los que tienen el poder de viajar a través del tiempo, de los lugares y de las diversas culturas y encontrar a los lectores. Textos que hablan con voz propia al interior de los lectores, textos que provocan encuentros, encuentros furtivos y azarosos como los de la vida. Encuentros inesperados que me revelan, me descubren, me confrontan, me permiten mirarme a mí mismo.

Quizás lo que los lectores tengamos que hacer es escuchar, con el oído interno, las voces de los textos. De nuevo Margaret Meek nos dice: “Los lectores experimentados saben que la vida se prolonga en la literatura” (2004, p. 63)

Y aquí quiero contar algunas historias de lectores, tomadas de experiencias vividas en diferentes proyectos, a quienes el encuentro con los textos transformó, o quizás historias de textos que encontraron a sus lectores en el preciso momento en que iban a cruzar la calle.

Una es la historia de Angélica María, una joven de 15 años que vive en un hogar de protección y para quien *La hija del Espantapájaros* de Maria Gripe le habló a su ser más profundo, escuchémosla:

En los días que leían los cuentos yo no estaba, pero sí leí uno que se llama *La hija del espantapájaros*, y me gustó muchísimo porque de una u otra razón se ha identificado con algunos de nosotros, porque como la hija del espantapájaros permanecemos solas sin ninguna compañía. Pero así y todo podemos salir adelante y demostrarle a la gente que sí podemos. Que a pesar de lo que la mucha gente piensa de nosotros somos personas que valemos la pena y sabemos luchar por lo que queremos.

Angélica María se leyó tres veces *La hija del Espantapájaros* de Maria Gripe. La primera vez lo escuchó de “viva voz” en las sesiones nocturnas de lectura en los dormitorios del hogar. Cuántas noches, Angélica María se sintió acompañada por una niña igual a ella, a quien sus padres también habían abandonado, como a ella. Cuantas veces Angélica María se miró a sí misma a través de los sentimientos y aventuras de la hija del espantapájaros. Angélica María necesitó volver al libro varias veces buscando quién sabe qué misteriosas relaciones, qué secreta esperanza de sentirse amada y respetada.

Otra historia surge de una sesión de lectura con jóvenes desvinculados del conflicto armado en Colombia, centrada en la recuperación de su memoria individual y colectiva, y en el reconocimiento de sí mismos a través de la palabra del otro y la he denominado *Lo que logró un niño de cuatro nombres, que ni siquiera era muy grande*:

“Entonces Guillermo Jorge se sentó con la señorita Ana y le fue entregando cada cosa, una por una. - Qué niño tan querido y extraño que me trae todas estas cosas maravillosas, pensó la señorita Ana. Y comenzó a recordar...” (Fox. , 1988, p.12)

De la misma manera que la señorita Ana pudo recuperar su memoria a partir de algunos objetos cargados de sentido, así lo hicieron Leslie, María, Juan, Julio, quienes convivían resguardados en casas de protección, mientras se reubicaban e intentaban darle otro sentido a su vida diferente al de la guerra.

Después de escuchar a Guillermo Jorge sentados en círculo, Leslie sale al centro, se cubre los ojos con un pañuelo cual si fuera la Gallina Ciega, y de una cesta como la del cuento, busca con el tacto un objeto que le diga algo, un objeto con significado.

Para sorpresa de todos, Leslie saca una carta de juego, el as de oros, aunque ella no sabe que es el as, y eso ahora no importa. Con la carta en las manos y los ojos vendados, Leslie comienza: “magia, magia blanca, magia negra, magia verde, magia azul”. Leslie aprendió de su padre, quien hizo un curso de brujería allá en el Putumayo en un caserío cerca de Mocoa. Su padre sabía leer las cartas y predecir el futuro. Pero él no le hacía mal a nadie, ni usaba la magia para otros, lo hacía para sí mismo, para saber lo que iba a pasar. Él le enseñó todos los secretos, pero también le advirtió que debía tener cuidado con eso. Él sabía magia negra pero no para hacerle daño a nadie,

sino porque necesitaba conocer el mal para poder contrarrestarlo, es decir, aplicar una “contra”. Leslie había aprendido mucho de su papá. Por ejemplo, sabía cómo enamorar a un hombre, pero eso era magia negra, no es bueno enamorar a un hombre por la fuerza.

Ella conocía la manera de llenarle el cuerpo de llagas a alguien, pero nunca lo había aplicado porque eso se le devuelve a uno. Leslie sabía cómo hacerse invisible y eso, pensó, le podría ser útil en las filas, pero nunca quiso aplicarlo por miedo a no volver a aparecer.

Para Ángela, en cambio, el cuento de Guillermo Jorge tomó forma de muñeca, muñeca morena y hermosa como ella, que le había regalado su tía el día del cumpleaños. Lala, se llamaba la muñeca y con ella jugaba a la mamá, le quitaba y ponía la ropa, la alimentaba de verdad con un gotero. Le abrió un rotico en la boca y por allí le echaba agua y jugo de frutas y para que Lala pudiera orinar le quitaba una pierna. Ángela se sumergió gustosa en su recuerdo hasta el momento en que la voz que la guiaba hacia ese remoto, pero temprano pasado preguntó: “¿Cuándo fue la última vez que tuviste a Lala en las manos? Ángela, cambiando la alegría de niña por una tristeza adulta y profunda dijo: “El 4 de mayo de 1997, el día en que mataron a mi papá...”

Otra fue la historia de Julio. Estábamos contando mitos y leyendas ante un mapa de Colombia que tenía ubicados los diferentes grupos indígenas que pueblan nuestro país. Nunca imaginamos que un mapa pudiera significar tanto... verlo, tenerlo allí presente mientras escuchaban los cuentos y las leyendas, les fue configurando sus propias historias, pero también su propia geografía. A medida que leíamos y señalábamos la procedencia del mito o de la leyenda, ellos iban recordando: lugares, ríos, pueblos por los que habían pasado.

De pronto, como un “abracadabra”, al hablar de La Llorona, La Madremonte, El Mohán, la palabra de estos jóvenes, represada hacía tantos años por la guerra, reemplazada por el ruido sordo de los fusiles, empezó a fluir y comenzaron a contar.

Se sabían leyendas de La Muelona, de La Llorona, de los duendes y de acuerdo con la región de donde provenían iban surgiendo historias. Dos muchachos del Tolima recordaron al Mohán. Cómo El Mohán se llevaba a las lavanderas jóvenes y las seducía; un joven paisa habló de los duendes que se aparecían en el camino...De un momento a otro Julio, moreno, alto, delgado, con un ojo extraviado, a quien no le habíamos escuchado aún la voz, se puso de pie y con decisión dijo: “Yo puedo contarles mucho. Yo sé todo sobre el Casanare”. Buscó en el mapa el río Meta y con el dedo fue señalando la zona que había recorrido: “yo me crié en un pueblo del Casanare, llamado Villahermosa, y yo por allí conozco todo. Allí hay muchas leyendas de la Patasola, y de la Bola de Fuego. Yo trabajaba desde pequeño recogiendo pepa de la palma de aceite, todo lo que tenga que ver con la tierra me gusta. Después me fui a las filas. Nosotros caminábamos todo eso por allí, andábamos de día y de noche dormíamos en casas de la gente. A mí esa vida en las filas me gusta, porque allá a uno le pagan, y yo esa plata se la mandaba a mi mamá. A veces los enfrentamientos eran muy cerca, como de aquí a allá, le veía uno hasta la cara al enemigo. Y eso es mejor pelear así, porque no se le pierde a uno la bala; porque es que uno ahí en las filas si no mata, lo matan. ¿Miedo? No, a mí no me daba miedo, uno se acostumbra. A mí me hirieron. Una bala entró por el hombro y salió por la espalda, mire... (y se levantó la camisa para mostrarnos la cicatriz). Y ahí fue cuando me capturaron y aquí estoy... Aquí yo no hablo con nadie pues yo soy de un grupo diferente y a uno le enseñaron allí que no hay que hablar con nadie y menos con un civil...”

¿Qué significan los cuentos, las leyendas, las historias, la palabra, para estos niños que han cambiado el trompo, la cometa y la muñeca por el fusi? ¿que han cambiado, sin mucha conciencia de ello, el juego por la guerra? La experiencia vivida no hace más que confirmar los supuestos teóricos y las reflexiones de quienes desde diferentes disciplinas afirman cómo la lectura, y en especial la literatura, es un espacio habitable. Un mundo lleno de sentido que nos permite construirnos y reconstruirnos. Mirarnos a medida que miramos al otro que vive, siente, calla, grita, allí en la historia que el libro nos cuenta. Es, además, la posibilidad de tomar la palabra, como lo hizo Julio. Las leyendas leídas le recordaron sus propias leyendas, y el mapa, texto, territorio y piso, le permitió ubicarse y leerse a sí mismo. Frente al texto-leyenda, frente al texto-mapa, Julio obtuvo la fuerza necesaria, el impulso vital suficiente para ponerse de pie y apropiarse del lenguaje, de su palabra que le fue dando forma y sentido a su propia experiencia vital. Julio —a pesar de lo doloroso de su testimonio— habló ese día lo que no había hablado en años.

Estas vivencias confirman además los hallazgos y las reflexiones de Michèle Petit en su libro *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, sobre todo en lo que puede empezar a significar el uso del lenguaje, precisamente en estos jóvenes que vienen de condiciones en las cuales la palabra está ausente y en los que se ha coartado su capacidad de simbolización. Dice Petit:

Cuando carece uno de palabra para pensarse a sí mismo, para expresar su angustia, su coraje, sus esperanzas, no queda más que el cuerpo para hablar: ya sea el cuerpo que grita con todos sus síntomas, ya sea el enfrentamiento violento de un cuerpo con otro, la traducción en actos violentos (1999, p. 74).

Estos jóvenes se encuentran en un grado de marginalidad mucho más grave, quizás, que lo que genera un desplazamiento forzoso o la pérdida de seres cercanos por un desastre natural, en la medida en que su infancia ha sido cercenada, el espacio del juego ha sido reemplazado por la guerra, sus procesos de formación cognitiva y social se han visto interrumpidos, generando un desajuste en su desarrollo que los hace especialmente susceptibles a cualquier grado de manipulación. De allí que la experiencia literaria tenga para ellos un impacto mayor, así necesite de más tiempo y dedicación para que dé los frutos deseados.

En el aspecto emocional el camino que fuimos encontrando estaba relacionado con lo que significaba para estos niños y jóvenes hablar sobre sí mismos y sobre sus vivencias y experiencias. Al principio fue difícil porque nos dimos cuenta de que venían de un medio en el cual la palabra está ausente. La disciplina militar en tiempos de guerra y en condiciones adversas es implacable, sobre todo cuando perteneces al rango más bajo. Estos niños estaban acostumbrados a cumplir órdenes sin ninguna posibilidad de refutar o disentir, acostumbrados a callar, en un medio en el que demostrar o recibir afecto está prohibido; alejados totalmente del universo del conocimiento, en donde la información que necesitas es inmediata, relacionada directamente con la necesidad de sobrevivir. Sus niveles de lectura y escritura son precarios, pues muchos se referían a su paso por la escuela como a algo lejano y desagradable. Recuerdo a John, un grandote de 16 años, cuando cogió una crayola y dijo:

—yo no sé dibujar, no sé escribir.

—Pero puedes echar color

Y comenzó con la felicidad de un niño pequeño y el miedo a no ser capaz, a llenar un pliego completo de papel con amarillo chillón. O a Stella, cuando estábamos elaborando máscaras que luego ellos personificarían para hacer una película, quien se quedó una tarde entera fascinada rasgando las tiras de periódico, mientras sus compañeros las pegaban untadas de engrudo sobre una bomba inflada. O Juan, en una propuesta de creación de personajes a partir de su propia silueta dibujada en papel craft, quien empieza caracterizando a un deportista nadador: le pinta su pantaloneta de baño, prepara el color para la piel, pero no le sale el rosado que esperaba sino un morado que asocia con la muerte. Decide ahogar al nadador. O Viviana, quien se pinta a ella misma como personaje y está feliz porque la silueta dibujada, copia de su pequeño cuerpo, salió más grande. La Viviana creada por ella es más grande que ella.

Todo esto que cuento, no es más que la experiencia literaria de estos niños, son sus reacciones a la lectura de cuentos e historias que los tocaron, los volcaron hacia sí mismos, después de haber mirado por un instante el horizonte. Los personajes, las escenas, las relaciones de los cuentos que leímos con ellos los movieron: movieron su territorio emocional, reprimido y confuso, pero también movieron la posibilidad de imaginar y de crear. Ellos, tan atropellados, vivieron esta experiencia de manera precaria. Para muchos era la primera vez que escuchaban un cuento leído en voz alta, para otros era una ventana para escapar de un lugar en el que se sentían prisioneros.

A través de la lectura de obras de ficción de calidad los niños y jóvenes desarrollan procesos de identificación con los personajes de los libros que les ayudan a conocerse mejor, a aceptarse y a confrontarse con diversas situaciones similares a las que ellos pueden estar viviendo. De igual manera, se da entrada al universo de lo posible, ensanchando las fronteras de la realidad y permitiendo así proyectarse y ampliar sus referentes.

No es cualquier lectura ni es cualquier texto. Retomo aquí el concepto desarrollado por George Steiner, que él llama la *capacidad literaria humana*. Es consciente que la literatura de por sí no hace mejores seres humanos: algunos de los hombres que concibieron y administraron Auschwitz habían sido educados para leer a Shakespeare y a Goethe, y no dejaron de leerlos.

Pero lo que sí nos ofrece la literatura es conocimiento de la condición humana. Dice Steiner:

Ningún descubrimiento de la genética sobrepasa lo que Proust sabía acerca del hechizo y las obsesiones parentales; cada vez que Otelo nos recuerda el orín del rocío en la espada brillante, experimentamos más de la realidad sensitiva, transitoria, en la que nuestras vidas deben transcurrir, de lo que pueden transmitirnos el contenido o la ambición de la física. Ninguna sociometría de los motivos o las tácticas políticas pueden competir con Stendhal (2003, p. 22).

Las palabras de Steiner nos explican las escenas con los muchachos, con la diferencia que él cita textos para un lector experimentado y nosotros estábamos apenas iniciando. Pero el sentido vale para ambas situaciones; para Steiner la lectura es un modo de acción:

Conjuramos la presencia, la voz del libro. Le permitimos la entrada, aunque no sin cautela, a nuestra más honda intimidad. Un gran poema, una novela clásica nos asedian; asaltan y ocupan las fortalezas de nuestra conciencia. Ejercen un extraño y contundente señorío sobre nuestra imaginación y nuestros deseos, sobre nuestras ambiciones y nuestros sueños más secretos. Los hombres que queman libros saben lo que hacen. (...) Leer bien significa arriesgarse mucho. Es

dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos... quien haya leído la metamorfosis de Kafka y pueda mirarse impávido al espejo será capaz, técnicamente, de leer la letra impresa, pero es una analfabeta en el único sentido que cuenta (Steiner: 2003, p. 22).

Ante la crisis de valores actual, Steiner le propone algo a los críticos, que bien vale para los mediadores de lectura: reconstruir el arte de la lectura, la verdadera capacidad literaria, esa manera de leer como seres humanos íntegros.

Quizás lo que Steiner propone no sea fácil, pero creo que es precisamente el territorio propicio para ejercer la mediación entre los lectores que se inician y los textos. Es en ese espacio de diálogos posibles entre el lector y el texto, de vínculos entre el texto y la vida del lector, donde el mediador de lectura tiene todo por hacer. De allí mi propuesta inicial: sumerjámonos en los textos, explorémoslos sin prisa, con paciencia de relojero y agudeza de explorador, para encontrar las pistas que nos permitan re-crear la experiencia propuesta por el texto, para habitarlo y dejarse habitar, para ir a ese lugar al que el texto nos lleva y volver diferentes.

Finalizo con unas palabras de Margaret Meek que sintetizan nuestra reflexión: “Ser usuario de la cultura escrita es el resultado de conocer los beneficios de la lectura, de entregarnos a ella de tal modo que podamos ensanchar nuestra comprensión no sólo de los libros y de los textos, de qué tratan y cómo están escritos, sino también de nosotros mismos”. (2004, p. 64)

Bibliografía

Steiner, George (2003). *Lenguaje y Silencio*. Editorial Gedisa: Barcelona.

Meek, Margaret (2004). *En torno a la cultura escrita*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Petit, Michèle (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura*. México DF: Fondo de Cultura Económica.